

más Un lugar Femenino

por Juan Antonio Molina Cuesta*

Se precisa perder el control, situarse en un lugar más femenino, dejarse afectar, dejarse recibir, esperarse en otro lado, perder referencias y seguridades.

Javier Gil

Intriga y seduce el uso que hace Javier Gil del término “femenino” dentro de este fragmento. Pongámoslo en contexto: Javier Gil viene hablando del carácter promisorio de la incertidumbre y de las posibilidades productivas del desconocimiento, dentro de una experiencia de lo estético, o incluso, dentro de una estética de la experiencia.

Es en el contexto del arte donde esa estética de la experiencia sería crucial si la asumimos como productora de un pensamiento y una inteligencia que transcurre y que nunca llega a constituirse en certeza. La experiencia artística sería entonces particularmente propicia para sacar provecho de ese no saber y de ese no prever. Su contexto idóneo sería el ámbito de lo impredecible y de la sorpresa; sus manifestaciones más ricas serían la improvisación de nuevas referencias de realidad y la conciliación con lo no definitivo y con lo no autoritario.

Es discutible desde muchas posiciones el asociar esta experiencia a lo femenino. De hecho, irónicamente, se requiere colocarse en un lugar más femenino para entender esa frase de Javier Gil. Ante todo se necesita acudir a ese rango de tolerancia que siempre solicita la metáfora. En

ese contexto, la imagen de lo femenino resulta atractiva porque conlleva un germen de subversión y resistencia. Lo femenino sería lo que se resiste a las construcciones epistemológicas como formas de autoridad. Y sería lo que se resiste a entender el saber y la realidad misma como estructuras previsibles e inmutables.

Puede haber un prejuicio en suponer que solamente desde lo femenino se da la opción de abrirse, de entregarse o de “dejarse afectar”, pero lo cierto es que, históricamente, las estructuras del poder y el saber en nuestra cultura han estado asociadas a un imaginario falocéntrico. Al conocimiento y a la autoridad siempre se les ha relacionado con una cierta virilidad y una cierta violencia, potente y posesiva. Esa virilidad también ha penetrado en el ámbito estético. Por eso, en un discurso como el de Kant sobre la distinción entre lo bello y lo sublime, se infiltra un juicio que sugiere la superioridad intelectual y moral del género masculino: “...la virtud de las mujeres debe ser bella; la de los hombres, noble...”.

Siguiendo esta lógica, sólo la mirada masculina podría sacar de su frivolidad a la representación de la belleza femenina. Para eso, la belleza debería ser disociada del deseo. Los orígenes de

